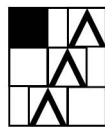


# PRESENCIAS IMPERFECTAS

El futuro virtual de lo social



**Roberto Igarza**



**la marca**  
editora

<b>Prólogo: Suspirando por la conversación</b>	9
<b>Normalidad discontinua en la sociedad del riesgo</b>	13
<b>Futuridad sustentable</b>	27
El camino de la bimodalidad: el caso de la educación superior	27
La presencialidad como agente regulador de la experiencia futura	35
La discontinuidad que no fue	50
La virtualidad como factor de eficiencia	59
<b>Factores de presencia</b>	65
Cara a cara	65
La atención y la ansiedad	73
Cuando la duración conspira	88
La construcción de una presencia social	94
Formas débiles de lo social	103
La idealización de la presencia	107
La presencia como paradigma de la modernidad	111
Los sentidos de la presencia	115
Presencias imperfectas	135
<b>La interpretación espacial de la situación</b>	143
El <i>momentum</i> de los individuos	143
Simultaneidad desespacializada	151
La virtualidad espacial	157
Incidencias de una realidad perfecta	163
<b>Un nuevo sentido de la presencialidad: la discusión abierta</b>	167
<b>En el tiempo de quien habla</b>	171

## Prólogo

# Suspirando por la conversación

El futuro late de manera distinta. Puede incluso que no goce de la misma vitalidad. Pensar que fuimos insaciables suspirando por el futuro. Por nuestra propia naturaleza, la imaginación lo hacía deseable asimilándolo a la superación del dolor y a lo inevitable del pasado que nos separa. Fue un error inscribirlo fuera de aquello que nos trasciende. Aun mayor fue el desacierto de abandonar la creencia en la vida como misterio.

En muchos casos, el futuro había logrado instalarse en el imaginario social como extremadamente previsible en aspectos no esenciales. A un clic de crédito, todas las materialidades parecían estar al alcance del presente. Acabamos comerciando con el futuro los insumos de una vida distraída. En algunos imaginarios, se inmiscuyó incluso en dimensiones esenciales, como si la finitud de la biología humana fuese negociable. El presente atacó de tal modo todos los tiempos que pareció posible un presente arropado de futuro. Sin embargo, la promesa no parece estar en condiciones de ser cumplida. Desde hace un cierto tiempo, convivimos con la contradicción de desear como nunca antes retornar a nuestro pasado y, al mismo tiempo, el deseo de bifurcar, de que no se trate de regresar a un punto desde donde solo sea posible volver a andar en la misma dirección.

Anticipado, ese futuro nos dejó frente al resultado de nuestros más graves errores. Perdimos aquella normalidad, ese modo imperfectamente seguro de cohabitar. El cambio de época no provino de algo de magnitudes físicas estratégicamente previsibles, sino

tan solo de algo imperceptible, nanoscópico, silencioso y furtivo. Una forma de mal en pequeñísimas dosis distribuido contagio-samente. Aquí y allá, arriba y abajo. Endemia y apagón social. Aparentemente fue de golpe que el balance dio negativo.

Más que sospechar acerca de la decadencia del futuro, era la evidencia de una forma caduca de entender nuestro hábitat y pensar la trascendencia. Al fin y al cabo, todos llegamos después. A cada uno, alguien nos precedió. Es un error no recordarlo, peor aún si descuidamos lo que debe trascendernos. Las intermitencias, idas y vueltas, son la forma de acabar con la imaginaria línea-lidad del tiempo. Aquellos que entendían la flecha en dirección de un desarrollo único e ineluctable recalculan. Todavía es tiempo. Como toda civilización, esta será reconocida no por sus errores sino por el modo de remediarlos.

Puede que en el futuro no encontremos la normalidad deseable. Es posible que no sea una y lo más probable es que no sean tan parecidas a aquellas pasadas. Interrupciones y regresos con pliegues y repliegues. Disrupciones inmediatas y regresos ralenti-zados y dubitativos. Intentos de retornar a normalidades apocadas sin paradigma de reemplazo. La intermitencia. La palabra entre paréntesis. Viajes sin duración establecida entre las estaciones. Entre continuidades, parecería que la experiencia de vida tiene ahora su suerte atada a las soluciones de laboratorio más que a lo social, lo máspreciado, ahora dañado, observado, informado y, por momentos, simplemente irrealizable.

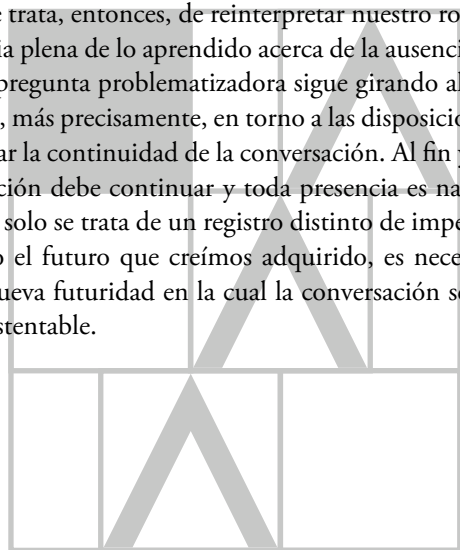
Tal vez nuestro registro de lo posible esté cambiando para siempre. La percepción de riesgo es notablemente más amplia. Con nuestras diferencias expuestas como nunca antes, la futuridad de esta sociedad global depende de cómo construimos y compar-timos los instrumentos culturales y políticos para convivir con una gran variedad de riesgos, muchos de ellos ocultos para una amplia mayoría, dispersos en lugares insondables, con capacidad de interconectarse rápidamente y, sobre todo, con la posibilidad

de afectar nuestras prácticas sociales más arraigadas. Si se trata de efectos sobre lo social, de interferirlo, perturbarlo o suspenderlo, todo esfuerzo que hagamos por evitar que suceda es poco. Si lo social se volviese intermitente, el costo a pagar podría encarecerse demasiado. La parálisis no solo desdibuja la sonrisa, ahora jugando a las escondidas. Es, sobre todo, la pregunta que queda sin responder. La conversación que siempre sigue pendiente. El mayor de todos los riesgos es que la palabra quede asordada en modo tapabocas. ¡Habla, no dejes de hablar que quiero verte!

Ninguna normalidad desde la lógica social soporta la ausencia del otro, el vacío de palabra. El ser social que somos no entiende la vida sino en y por la conversación. La normalidad la entendemos en sincronía. Viviendo en el tiempo de quien habla. Por eso, nunca puede ser abandonada la conversación. El malestar sería insoportable porque la vida perdería sentido. Puede quedar allí suspendida, hasta que encuentra el verbo para seguir, darle acción al encuentro, continuar el diálogo. Si algo no puede suceder es que se detenga. Es probable que el siguiente intercambio no sea igual al anterior. Sobre todo, existe la posibilidad de que sea mejor. Esa criticidad depende del sentido que le demos al devenir de lo social.

Después de cada interrupción, regresar es una oportunidad de volver a nosotros mismos como unidad que adquiere sentido en y por lo social, aunque este social adquiera otras formas de expresarse y que las interacciones se vuelvan más complejas. Una invitación a repensarnos como sujetos sociales y hacedores de la palabra. Se trata de no retornar en vano al punto en que comenzó el impase o suspenso. Lo que nos trajo hasta el punto de interrupción, de la pausa obligada o de la suspensión de la conversación, es una forma de trascendernos que se revela progresivamente menos humana. Un falso *convivio*. Cada disrupción reitera con mayor énfasis lo anterior. Solo aquella conversación pervive en el imaginario a la espera de la próxima.

Para algunos, el futuro se conjuga en la individualidad como si pudiesen llegar solos. Es inadmisibile que el futuro no nos reúna, que no podamos encontrar el tiempo dialógico para definir qué queremos dejar de lo que nos ha sido dado. Sería un gran desacierto, igual que abandonar la idea de que la vida es un misterio. Se trata, entonces, de reinterpretar nuestro rol social con la conciencia plena de lo aprendido acerca de la ausencia del Otro. Por eso, la pregunta problematizadora sigue girando alrededor de la presencia, más precisamente, en torno a las disposiciones de esta para asegurar la continuidad de la conversación. Al fin y al cabo, si la conversación debe continuar y toda presencia es naturalmente imperfecta, solo se trata de un registro distinto de imperfecciones. Consumido el futuro que creímos adquirido, es necesario construir una nueva futuridad en la cual la conversación sea verdaderamente sustentable.



**la marca**  
e d i t o r a

## Normalidad discontinua en la sociedad del riesgo

Lo que queda de la modernidad se presenta en forma de continuidades cada vez menos duraderas, difícil de definir las como nuevas normalidades. Como la continuidad tiende a lo efímero, son más bien las discontinuidades las que se vuelven frecuentes. Distintas brevedades históricas. Distintas estabildades. La “nueva realidad” podría conjugarse en modo intermitente, sin ser todo el tiempo singular e irrepitible, ni todo el tiempo social y continua. Nuestra sociedad convive con una gran variedad de riesgos distribuidos, pero crecientemente interconectados, tan latentes como mutantes, lo que hace que las prácticas sociales puedan en todo momento verse interferidas, perturbadas, en algunos casos suspendidas. A cada pasaje, algo residual. El apagado representa un corte, a veces nítido, pero la inversa, aunque se parezca, no es un reencendido. Lo social no es algo elástico que pueda desarrollarse sin deformarse. Hay plasticidad en las prácticas sociales, pero no son elásticas. Las discontinuidades desenfocan, modifican en algo la trayectoria. Después de padecerla, ninguna práctica sale indemne.

Si bien el rescate de lo social moderno ya era una tarea ímproba para un logro inalcanzable en esta etapa de transiciones apuradas, la sociabilidad que se busca debe inscribirse en una continuidad ahuecada, extremadamente porosa y frágil. Deberá tener atributos que sirvan, desde una perspectiva crítica, a operacionalizar las prácticas en todos los terrenos para que la vida siga en continuado. ¿Qué disposiciones debe adoptar la sociabilidad en la virtualidad para disminuir la debilidad de la costura? ¿Qué condiciones conlleva la virtualización? Si nuestras prácticas sociales no

consiguen volverse anfibias, entonces quedarán a merced de las intermitencias sufriendo a cada pasaje el abandono o un creciente costo de activación.

Disminuir el impacto de los pasajes entre la rutina y el ahucamiento, entre lo continuado y la ausencia, exige una revisión de nuestras prácticas sociales desde una perspectiva crítica. Cabe aclarar que la determinación de criticidad puede no coincidir con la definición de “esencial” entendido como algo que es posible establecer universalmente. Salvo para dos actividades, la alimentación básica y el cuidado de la salud sin ensañamiento. La criticidad es un factor asociado a las vulnerabilidades en tres dimensiones, la económica, la social y la cultural, indisociables. En la determinación de lo crítico, lo simbólico esencial adquiere un valor preeminente, de igual valor o superior al de las materialidades. Los determinantes simbólicos adquieren creciente relevancia, en especial cuando se sitúan en el plano de la participación, de la interacción social.

La revisión debe ser dual, causalidades e impactos. ¿Qué causas pueden afectar nuestras prácticas sociales “esenciales” y de qué modo? ¿Qué consecuencias directas e inmediatas tienen sobre quienes las practican? ¿Cuál será su impacto indirecto y prolongado? Ante “la nueva realidad”, el desafío de la revisión implica superar ampliamente lo descriptivo. Incluso lo explicativo. Entender lo que sucede y por qué sucede es una tarea importante, pero no a la altura del momento histórico. El análisis de “lo que puede suceder”, subvaluado por el determinismo desarrollista, presentado como ineluctable e implacable con sus enemigos, debe ser reivindicado, aunque tampoco es suficiente. Las discontinuidades nos imponen optimizar nuestras competencias para dar una mejor respuesta a las preguntas ¿qué hacer si sucede?, ¿cómo hacer para que lo social no quede asordinado?

Tal vez producto de nuestra propia naturaleza humana y de la experiencia histórica pasada, nuestras prácticas sociales están



extremadamente reguladas, autorreguladas o correguladas. Las convenciones y los mandatos. Elogio y crítica de la modernidad. Unas rutinas estructurantes ajustadas por unos sistemas de mucha inercia constitutivos de la continuidad moderna. Sin importar el ángulo ideológico, el Estado moderno ha sido el garante de esa continuidad que hoy reconocemos más falible. Ejemplo de ello es el papel que ha jugado el Estado en la determinación de las disposiciones para asegurar una producción de bienes y servicios en continuado con los recursos de capital asociados a los métodos de trabajo en cada etapa, que sin importar el régimen ideológico ha tenido implicancias concretas y simbólicas de alto significado en y para la modernidad. El papel protagónico que juega frente a la identificación de los riesgos y en la definición de “qué hacer si sucede” es indelegable, como lo es velar por extremar los cuidados sobre las libertades individuales.

Cuando las intermitencias no se suavizan, ir y volver de la normalidad, cualquiera sea su definición, significa que sectores productivos completos quedan a merced de la improvisación, de las regulaciones diseñadas para períodos de continuidad inaplicables en el vacío de actividad y de la reacción cada vez más limitada del Estado que no puede atender en tiempos burocráticos razonables a tantos requerimientos simultáneamente, ni resolver la complejidad política que conllevan sin correr el riesgo de que las fórmulas autocráticas ya indisimulables se impongan a las formas de consenso democrático no siempre transparentes.

Las experiencias muestran que los métodos de producción y la logística de la que son altamente dependientes deben ajustarse a una variabilidad para la que no han sido diseñados. Es interesante reconocer que, por el momento al menos, en las discontinuidades regionales o globales más recientes, como las resultantes de pandemias como la influenza y el Covid-19, no se ha constatado una defección del sistema energético interconectado. En una situación futura, puede no ser así. Que las discontinuidades

hayan sido soportables se debe, sobre todo, a la continuidad del sistema energético. A la pregunta de por qué ha sido así, no hay una única respuesta. Fácilmente podría decirse que porque se trata de pasajes a la baja en términos de consumo. Al mismo tiempo, probablemente debido a la baja dependencia del factor humano. Producir y distribuir energía son actividades muy automatizadas. Otros podrían apelar a un juicio macrosistémico, es decir, a la matriz energética constituida por una diversidad de fuentes y una interconectividad de las redes que le da la flexibilidad para redistribuir el fluido con la capilaridad suficiente a pesar de las fallas locales que pueden ocurrir. Por otra parte, no hay duda respecto de la creciente privatización de los modos de producir energía cada vez más autárquicos. Los costos de las energías renovables han disminuido significativamente y los jugadores de la nueva economía con altísima capacidad de inversión los han aprovechado para independizarse. Teniendo en cuenta que las tensiones por el cambio climático aún no se han desarrollado totalmente, es deseable que la matriz energética de los países y megalópolis sea revisada progresivamente para darle toda la sustentabilidad imaginable ante escenarios de alto riesgo de discontinuidad. Para una futuridad sustentable deben darse dos criterios, la continuidad energética debe ser asequible.

El modo en que las empresas privadas se relacionan entre sí y con el Estado podría estar cambiando aceleradamente hacia un lugar de mayor predominancia de lo privado sobre lo público con efectos sobre la ya alicaída gobernanza mundial y el multilateralismo como estrategia de resolución pacífica de los conflictos. Frente a las inestabilidades, la adaptación de unos y otros se ha mostrado diferente. En los momentos de suspensión económica producto de las discontinuidades y vacíos de actividad, el sector privado se ha mostrado menos sensible de lo esperable respecto de los mercados y del sector financiero, probablemente por la digitalización global de los medios de pago y por la flexibilidad

del sistema capitalista ante las pérdidas ocasionales, aunque estas parezcan profundas. Eso no opaca que grandes contingentes de personas quedan desacopladas, muchas incapaces de revincularse. Los gobiernos se han visto interpelados en todos los foros, políticos, mediáticos y sociales, pero casi todos ellos han resistido, aunque con niveles de eficiencia y recursos discutibles. Aun cuando puede sucederles como a Churchill, después de la guerra pueden elegir a otro hasta que llegue la siguiente.

Entre otras prácticas inercéticas que más sufren en las discontinuidades, se encuentran las prácticas de educación. El sistema educativo se sustenta en una forma rutinaria de lo social, en una relación frecuente de sujetos, un vínculo hiperregulado cuya performance está ligada a la copresencia de los agentes cuya figuración responde a un estatuto social mutuamente reconocido y que opera como factor determinante de la estabilidad de la relación. La intermitencia y las discontinuidades que caracterizan este período ponen en evidencia la falta de una performance adaptativa mientras aumenta la presión social, cultural y económica bajo la cual operaba el sistema educativo desde hace tiempo. Habiendo sido concebido para operar de manera estable y, a la vez, para asegurar la estabilidad de los hechos, de la historia y de las convenciones y mandatos de la modernidad, el sistema educativo está frente al más grande de sus desafíos. Aceptar que la interacción, el único insumo básico irrenunciable, puede adoptar distintas vías. Para la educación formal, las regularidades a venir podrían ser más imperfectas. Si tiene la capacidad de adaptación suficiente para que las intermitencias no afecten en cada oportunidad el estatuto político y la valoración cultural que tiene, habrá soportado el viaje hacia un después posible.

La producción de riqueza es indisociable de una creciente producción de riesgos. Oscilamos entre considerar el conocimiento como el rasgo central de nuestra sociedad y construir alrededor del riesgo una estructura social de control y gobernanza

que opera como principal paradigma político, si no el único. Una oscilación que esconde la profunda interrelación entre ambos. Conocimiento y riesgo. El riesgo y la crisis como paradigma de gestión. La comunicación de la crisis<sup>1</sup> y del riesgo<sup>2</sup> como paradigma de comunicación.<sup>3</sup> Esta situación implica comprometerse con una futuridad sustentable. Calidad política de proyectarse en el futuro. A cada institución, organización y colectivo, sus propias condiciones de futuro. Prácticas sociales todoterreno. Condiciones que la intermitencia no debería afectar de manera decisiva.

Además de reconocerles las características ya reveladas en situaciones anteriores como el alto nivel de impacto en la inmediatez (son muy rápidos además de expansivos), la nueva generación de riesgos que se advierte implica admitir cierta incapacidad para mensurarlos, así como la dificultad para la institucionalización de su gestión. Esta situación se ve agravada por la falta de un marco referencial de orden cultural que brinde indicadores a partir de los cuales la información pueda ser considerada confiable y resulten válidas las decisiones de quienes gestionan el poder político y económico. Las máquinas de mentir son el principal instrumento, mientras que las máquinas de control son la prueba del peligro

- 1 Coombs, T. y Holladay, S., "Reasoned Action in Crisis Communication: An Attribution Theory-based Approach to Crisis Management", en P. Millar y R. Heath, *Responding to Crisis: A Rhetorical Approach to Crisis Communication*, Nueva Jersey, Lawrence Erlbaum Associates Publishers, 2005.
- 2 La Organización Mundial de la Salud la define como "intercambio de información, consejos y opiniones en tiempo real entre expertos y personas que enfrentan amenazas a su salud, bienestar económico o social. El objetivo final de la comunicación de riesgos es permitir que las personas en riesgo tomen decisiones informadas para protegerse y proteger a sus seres queridos". Fuente: WHO. Ver en [bit.ly/IGARZA-PI-WHO-Risks](http://bit.ly/IGARZA-PI-WHO-Risks).
- 3 Heath, R. L. y O'Hair, H. D. (eds.), *Handbook of Risk and Crisis Communication*, Nueva York, Routledge, 2009, pp. 5-30.

del contrarriesgo. La verdad social como la verdad científica están bajo sospecha. Antes, los grandes riesgos conocidos eran estimables en tiempo y consecuencias, como lo eran las crecidas centenarias o milenarias de los ríos de montaña. El dictamen de los científicos que daban cuenta de ello era irrefutable y las decisiones de hacer lo necesario para evitar las consecuencias eran acatadas respetuosamente.

La desinstitucionalización de la gestión de los riesgos está estrechamente asociada al rol de los medios sociales que operan en vivo y muchas veces por fuera de los canales oficiales. Es habitual que los *outsiders* que gobiernan desusen las cuentas oficiales, haciéndolo desde la celebridad, ese universo al que algunos de ellos suponen pertenecer.<sup>4</sup> Así, las voces se vuelven oficiosas. En cuanto al factor cultural, sin oponerse a la racionalidad técnica o científica, opera a partir del registro histórico social y personal, las tradiciones populares y los mitos, y pone en diálogo experiencias y decisiones en tres planos, el personal y de la comunidad próxima (básicamente la familia y los convivientes), el institucional o régimen de pertenencia (la empresa, el colectivo social, el barrio, el partido, la escuela o la universidad) del que depende su principal función social y la política de los gobiernos. La racionalidad de la ciencia puede atravesar los tres planos y el diálogo puede ser tenso entre niveles, incluso puede jugar en favor del desequilibrio y la inestabilidad de las creencias cuando son sometidas a la novedad o el descubrimiento por experiencia propia. Podría no ser así, y el terraplanismo cultural resistir cualquier argumento. O dejar a muchos con la duda paralizante. Nunca los grandes riesgos estuvieron al alcance de la comprensión de las mayorías. El problema es que nunca tantas personas tuvieron acceso a tantos

4 Durante su gobierno, Donald Trump siguió usando su cuenta personal en Twitter, su red preferida para saltarse “el cerco mediático del establishment”, en lugar de usar @Potus, la cuenta oficial.

medios sociales como ahora. Las máquinas de mentir no son precisamente los mejores escuderos de la verdad. Al ecosistema industrial de los medios le siguió uno en el que la circulación de la información está crecientemente potenciada por plataformas globales claramente superadas en su capacidad de gestión y auto-control provocando un estrés adicional a las audiencias y amplificando la crisis del contrato de comunicación que tanto afecta a las sociedades abiertas.<sup>5</sup> La regulación territorial ha perdido todo efecto. Una mediocracia global capaz de perforar, negociando o sin hacerlo, todo ecosistema local. En muchos casos, imponiendo nuevas reglas a la libertad de expresión y circulación de la información. La percepción de la “verdad social”, en este caso acerca de los riesgos, tiende a regularse por otros medios.

Una miriada de focos bélicos distribuida mundialmente, una secuencia de catástrofes medioambientales o un accidente patológico que cobra envergadura global. En los primeros veinte años del nuevo siglo se produjeron casi 7000 catástrofes relacionadas con el clima que afectaron a más de la mitad de la población mundial (inundaciones, 40%; tormentas, 28%; temperaturas extremas, 6%), casi 60% más que entre 1980 y 1999 (4212 desastres, 3300 millones de personas afectadas). En el mismo período, se registró un cambio significativo en las características de las precipitaciones que suponen un riesgo importante para el 70% de la agricultura mundial.<sup>6</sup> Dos décadas después de comenzar el nuevo siglo había conflictos armados activos en al menos 32 Estados, la mayoría intraétnicos. Los tres conflictos mayores (>10.000 muertos en el

5 Mazzone, D., *Máquinas de mentir. “Noticias falsas” y “posverdad”*, Buenos Aires, Crujía Futuribles, 2018, pp. 49-61.

6 United Nations Office for Disaster Risk Reduction-UNDRR, “The Human Cost of Disasters: An Overview of the Last 20 Years (2000-2019)”. Elaborado por el Centro de Investigación sobre la Epidemiología de los Desastres de Bélgica, Universidad Católica de Lovaina, 2020. Consultado en [bit.ly/IGARZA-PI-TheHumanCostofDisasters](http://bit.ly/IGARZA-PI-TheHumanCostofDisasters).

¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?  
Podés adquirirlo en [www.lamarcaeditora.com](http://www.lamarcaeditora.com) y en cientos de  
librerías.  
Gracias por apoyar con tu lectura y recomendaciones este proyecto  
editorial.

La marca editora es una editorial independiente argentina que desde hace más de 25 años publica libros vinculados a la cultura visual: ensayos sobre cine, fotografía, música; fotolibros; libros-álbum infantiles; proyectos innovadores; filosofía, estética, rock, poesía, flipbooks, libros de artista, libros de arte.

Detrás de nuestro catálogo hay muchos nombres. Una editorial independiente es el proyecto de un editor, pero la concreción de muchos otros: artistas, poetas, escritores, fotógrafos, traductores, diseñadores, ilustradores, correctores, imprenteros, maquinistas, encuadernadores, fotocromistas, administrativos, vendedores, cobradores, libreros, colegas, amigos.

Nuestro catálogo es el documento que referencia el recorrido que todos nosotros comenzamos hace 25 años. Porque editar no es una odisea, pero sí un viaje. Un catálogo es, entonces, además de una bitácora de la imaginación al servicio de lo que otros editores aún no han imaginado o un inventario de aquellos libros por los que no hubieron decidido su apuesta, un diploma al mérito que puede significar la subsistencia en tan grata actividad. Porque editar no es editar un libro, editar es seguir en este viaje.



**la marca**  
editora